

HEROISMOS



PELÍCULA IMPRESIONADA EN
TARRAGONA POR UN GRUPO DE
PATRIOTAS A BENEFICIO DE LA
CRUZ ROJA

1915

HEROISMOS

Novela original de
LUIS DE SALVADOR A.

Adaptada al cinematógrafo, en un
prólogo y dos episodios

por
LUIS BONET AMIGÓ





SRTA. AMPARO SANROMÁ ANGUIANO
en el papel de
María Remey de Font-Romeu



SRTA. RAQUEL MALÉ
en el papel de
Zaimia



D. LUIS NÖRREGARD DALMAU
en el papel de
Esteban Magín, Expósito



D. BENIGNO DALMAU VILÁ
en el papel de
Roberto de Montgolfier

PERSONAJES PRINCIPALES:

M.^a Remy de Font-Romeu.

STA. AMPARO SANROMÁ ANGUIANO.

(a los 4 años por su hermanita AMALIA)

Zaimia.

STA. RAQUEL MALÉ.

D.^a Magdalena.

D.^a DOLORES BALCELLS DE SUELVES.

Miss Hellen.

STA. M.^a DOLORES SOLER BOADA.

Esteban Magín Expósito.

D. LUIS NÖRREGAARD DALMAU.

(a los 7 años por el niño MIGUEL CATALÁ)

Roberto de Mongolfier.

D. BENIGNO DALMAU VILÁ.

El profesor de pintura.

D. FRANCISCO DE CIDÓN.

Ben-Arah el Mazín.

D. FRANCISCO JAVIER BOADA PIQUÉ.

El médico de la casa.

DR. D. ANGEL RABADÁ.

El médico del Hospital de la Cruz Roja.

DR. D. LUIS SOLER.

Oficial del banderín de enganche.

D. MANUEL MIRET.



FINALIDAD DE LA OBRA

Vivimos, los españoles, en la hora presente de este año de 1922, momentos de verdadero y levantado sentimiento patriótico, pero también de torturadora angustia.

Los pechos más viriles, los más lozanos plantales de nuestra juventud, están escribiendo en la fatídica historia del Riff, con su valor y con su sacrificio, que es las más veces sacrificio de sangre, una página más, gloriosa y esperanzadora.

Pero ni el orgullo de nuestros triunfos, ni el ardor de la lucha, deben hacernos pasar, erguidos, por todas las sendas, sin advertir que yacen y van cayendo en ellas los abatidos en la lucha por el golpe brutal del acero o del plomo. No olvidemos jamás, que la Patria se salva por las vidas segadas de los héroes que supieron darla en su holocausto, y por las heridas sangrientas de los que opusieron el noble pecho al empuje brutal del enemigo.

Sepamos honrar a nuestros muertos. Sepamos, sobre todo, levantar un templo de caridad-hermana y de ternura, al lado de cada herido, de cada mutilado. Y a aquel de los jóvenes soldados que perdió en la lucha el brazo con que blandía el azadón, o los ojos, por donde penetraban en su cerebro a raudales las luces del saber, para irradiarlas luego en obras doctas o en obras prácticas, ofrezcámosles el milagro mecánico de un brazo nuevo con que laborar la tierra, o el milagro espiritual de un artificio, con que pueda seguir el hombre de Ciencias o de letras, sus estudios o sus creaciones, aun sufriendo esa eterna tortura de los ojos muertos a la luz.

No hagamos de nuestros héroes, unos seres gravosos o inútiles a la sociedad.

Con los ojos y el alma puestos en este sagrado ideal, fué concebida esta novela por su autor.

Por eso encontraréis en ella, ligadas a la acción principal que se deriva del *lei motiv* eterno: del amor, escenas vivas, en que se reflejan las glorias, pero también los dolores de la cruenta lucha.

Por eso, también, en otros momentos de la obra dramática, hallaréis pequeñas ráfagas de una amargura hija de lo pasado y nacida de la duda en el cercano porvenir.

Pero hallaréis al final la consoladora solución para los males todos, en el Sacrificio. Sacrificio que, en la obra, es de un amor de dos

corazones, por el amor de todos los que sufren, de todos los que caen en los campos de batalla.

Encontraréis la figura radiante del héroe guerrero, en cuyo valeroso pecho tiene la patria un baluarte; y la figura luminosa de la heroína, que troca las dulzuras del hogar opulento por las horas amargas, llenas de congojas y de insomnios, que aletean como aves de sombra en los ámbitos dolorosos de los hospitales de sangre.

Por eso, finalmente, el autor, ha querido que leais ante todo, la palabra «Heroísmos». Para que en todo momento, y en cada latido de su obra, percibáis, por sobre sus humanas imperfecciones, (que él es modesto e imperfecto en tan árduas materias), el aroma sutil de su ideal.

Y este ideal no es otro que el de honrar a las damas piadosas que llevan una cruz roja sobre la nieve de sus vestiduras y a los soldados que ostentan la florecilla roja de una herida, sobre sus carnes.

Unos y otros son héroes; y son igualmente nobles y santos sus «Heroísmos».

Alicante, Enero 1922.

EL AUTOR.

HEROISMOS

PROLOGO

La noble casa solariega de los señores tarraconenses de Font-Romeu, sufrió la llaga de una nueva hora de dolor, al morir doña Clara, la esposa del difunto don Juan de Font-Romeu, último de los que continuaron los prestigios y gloriosos timbres de la raza.

María Remy, la dulce niña de tiernos años, quedó, así, huérfana y sola, en la terrible soledad del hogar sin madre.

Aún siendo aquel gran dolor demasiado intenso y terrible para que fuera comprendido y cupiera en toda su magnitud dentro de su alma infantil, adivinó aterrada, lo tenebroso de su mañana, al ver, alzado ante ella, el luctuoso túmulo, y los amarillos cirios de fatídica luz. Tanto lo comprendió, que dejóse caer abatida sobre los fúnebres crespones, y apoyando su cabecita de muñeca sobre los negros tapices y elevando las manitas juntas, clamó entre sollozos con acento de súplica infinita: ¡Mamá... mamá...!

No podían bastar, para prestar consuelo a la pequeña huérfana, los solícitos cuidados de su institutriz Miss Hellen. Era preciso que Dios obrara un milagro, y diera a María Remy la compañía de alguien en quien ella pudiera hallar algo del dulce calor maternal, algo de la que le dió el sér. Y ese milagro, fué realidad, cuando Mis Hellen leyó emocionada a María Remy un telegrama, recibido después de la muerte de D.^a Clara, que decía así: «María Remy de Font-Romeu.—Tarragona.—Enterada tu gran desgracia, llegaré a esa, jueves. Espero hallarás en mí una segunda madre.—Tu tía, *Magdalena.*»

Llegó, días después, del extranjero, a donde marchó siendo aún muy joven, al contraer matrimonio con un diplomático, la noble dama, hermana de la madre de María Remy.

La pequeña huérfana, se refugió, sollozando en los brazos que, amorosos, se abrían ante ella, ofreciéndole la consoladora caricia de una nueva ternura; la de aquella alma bondadosa que acudía a su lado, para ahuyentar a la terrible soledad de las estancias inmensas y silenciosas, de la señorial mansión.

D.^a Magdalena, comprendiendo que aquella planta delicada que encontró casi marchita de tristura, necesitaba recibir nuevamente los besos vivificadores del sol y de las brisas, para reco-

brar la alegría candorosa de su alma infantil, llevábase a la pequeña al campo, y recorrían ambas en su carruaje, los cien lugares pintorescos de los alrededores tarraconenses. Así, al propio tiempo, visitaba ella, la *repatriada*, aquellos parajes que desde la ausencia tanto añoraba y que, al hallarse ahora junto a ellos, despertaban en su mente dulces y encantadores recuerdos de su niñez o de su adolescencia.

Cierta tarde, al regresar de una de esas largas excursiones, quiso la fatalidad que el carruaje de D.^a Magdalena atropellara involuntariamente, a uno de los niños de la Beneficencia, que se había separado inconscientemente de la fila, al cruzarse con el auto en la carretera.

Mandó D.^a Magdalena que subieran el pobrecito herido al coche, y voló éste hacia la capital.

El niño fué instalado en una de las habitaciones de la casa de Font-Romeu. Prodigáronsele de momento los más exquisitos y minuciosos cuidados, y no sosegó la buena dama hasta saber que las heridas no tendrían consecuencias desagradables.

--

María Remey, desde el primer momento, sintió hacia el niño herido tal sentimiento de conmiseración y de simpatía, que difícilmente podía hacerle apartar del lado de su lecho. Ella quería intervenir en todas las curas que se le

practicaban, y le servía por sí misma los medicamentos.

Cuando el pequeño, ya vuelto en sí, y comprendiendo su situación, vió el solícito cuidado de la niña para con él, hubo de exteriorizar su agradecimiento, siquiera fuera en una leve sonrisa, que era para ella una luz de esperanza, porque adivinaba que los sufrimientos del herido iban desapareciendo.

Pronto vino el periodo de la convalecencia. Y llegó un momento trascendental para el curso de esta historia; y fué aquel en que, habiendo acudido a casa de María Remey la Reverenda Superiora de la Beneficencia, para hacerse cargo del muchacho, y retornarlo al asilo, fué tan tenaz y tan rotunda la oposición que se encontró en María Remey, que D.^a Magdalena, enternecida por la generosidad de su sobrina, determinó prohijar al pequeño Esteban, que así se llamaba el muchacho.

La alegría de María Remey fué infinita. Se abrazó al pequeñuelo, que no volvía en sí de su asombro, y besándole en la frente, le dijo con ternura: «Tú serás mi hermanito Esteban, ¿quieres? y yo te querré mucho y mi tía también. Y vivirás siempre con nosotras...»

Y por vez primera, desde la hora trágica de la muerte triunfadora, María Remey sonrió, sonrió dulcemente, haciendo asomar a sus labios ese divino misterio que tiene mucho de la dulzura de las mieles, de la luz del rosicler y del

aroma de los prados todos floridos de jazmines...

Para solemnizar el acontecimiento, hubo una gran fiesta infantil en los jardines señoriales. Bandadas de niños, amiguitos de María Remey, reían y cantaban entre los árboles, como pájaros trinadores.

Y puso, al final, un divino broche de melodía, al sublime encanto de la fiesta, la algarabía discordante de las vocecitas infantiles, que, jugando al corro, entonaban una ingénua balada infantil, que ellos no comprendían, porque hablaba de amor....

FIN DEL PRÓLOGO.

PRIMER EPISODIO

Algunos años más tarde, sonreía para Esteban una vida totalmente nueva, en la mansión opulenta de los Font-Romeu.

Tan felices eran ahora para él las horas y los días, que casi llegó a olvidar aquel pasado de su niñez; aquellas salas horriblemente grandes, y tristes a fuerza de blancura, del asilo, en que él, como muchos otros pequeñuelos, esperaban ansiosamente la dulce caricia o la palabra de amorosa ternura, que raramente llegaba a sus corazoncitos inocentes. Sólo Sor Inés, la monjita que los cuidaba, sabía acariciar y besar.

Y si no olvidó completamente esa gran pena de su origen, la sentía ya, al menos, vagamente, como se recuerda el dolor de un mal, sufrido en días lejanos.

Fácil es de comprender que ocurriera así. Esteban, en la mansión de los Font-Romeu, había dejado de ser el *asilado*, para ser el señorito. Nombre dulce de hermano le daba en todo momento María Remey, y la misma doña Magdalena le profesaba un cariño verdaderamente filial.

Así, al hielo que envolvía a su almita, años antes, en las inmensas salas del asilo, sucedió ese tibio e incomparable calor de hogar, de familia, dedicado por entero a él, y solo a él.

¡Cuántas veces, a altas horas de la noche, después de profundas reflexiones, durmióse con el temor de despertar al otro día a la realidad, y ver desvanecido, con la amargura con que vemos desvanecerse nuestras más bellas ilusiones, aquel presente halagador que parecía realmente hijo de un febril ensueño...

Transcurrían los días suavemente. Todos iguales en la bienandanza. Todos sujetos a un mismo ritmo de felicidad.

Hemos dicho que María Remy, daba a Esteban el nombre de hermano, y añadiremos que, con aquellos años vividos, siendo niños aún, bajo un mismo techo; colocados ambos bajo el amparo de una misma alma maternal y buena; compartiendo los mismos besos y las mismas caricias, forzosamente había de irles ligando, poco a poco, el lazo de un acendrado cariño fraternal.

Lazo que, necesariamente hubo de ir haciéndose más estrecho y más sólido, a medida que, con la adolescencia, alboreaban en los dos, los primeros sentimientos nacidos del corazón.

Pero sentimientos puros, sin el más leve asomo de derivación exterior hacia otra naturaleza de afecciones, en los que ya entra la reflexión.

María Remy y Esteban, se amaban como dos verdaderos hermanos, como tales se temían, y como tales se mostraban en público, y se trataban en su intimidad. De ser sobre ello preguntados, a buen seguro que ninguno de los dos supiera decir ni creer, que pudiesen amarse de otra manera distinta de como se amaban.

Sin embargo, alguien había que, calladamente, hasta involuntariamente, asistía a la evolución misteriosa del afecto fraternal de los muchachos, confuso, asombrado y complacido a un tiempo, ya que esa evolución era cosa lógica e inevitable, como inevitable es que del beso ardiente del sol sobre las aguas de los mares, broten las neblinas que más tarde son nubes y luego lluvias vivificadoras.

Ese *alguien* escrutador y un tanto filósofo, era D. Francisco, el profesor de pintura de María Remy y de Esteban, a quien, en diversas ocasiones, había *chocado* grandemente, el hecho de que durante las lecciones de pintura del natural, en que los jóvenes ya *artistas* trasladaban al lienzo los bellos paisajes tarraconenses, era frecuente que Esteban, como hastiado por el trabajo de arrebatar a la Naturaleza los secretos del color y la luz, prefería, en el dorso de los lienzos, y a hurtadillas del maestro, copiar las líneas graciosas y encantadoras del rostro de María Remy.

Tal ocurrió una tarde, en el majestuoso y fantástico recinto de «El Medol», donde el buen

profesor, por primera vez en su vida, comprendió que pueda haber quien, ante la imponderable belleza de aquel «rincón» de Naturaleza, llena de Arte vivo de Dios, no experimente la sensación de lo sublime y no se extasíe, abstrayéndose de todo lo ajeno a la grandiosidad del singular paisaje.

* * *

María Remey y Esteban, seguían su vida, sin darse cuenta exacta de la evolución de su más latente sentimiento.

Sus conversaciones, por otra parte, si eran un continuo intercambio espiritual, jamás giraban hacia *peligrosos* derroteros.

Realizaban muy frecuentes excursiones y paseos, solos, unas veces, acompañados otras de alguno de sus profesores o de doña Magdalena. Jamás hallaron violencia alguna para sus coloquios, en que una tercera persona los escuchase. Ello demuestra nuestra anterior afirmación.

¿Podían, las cosas, sin embargo, durar así por mucho tiempo? Los hechos responderán por nosotros.

* * *

Uno de los paseos favoritos, era aquél en que se dirigían por la playa del Milagro, trepando luego por las ásperas rocas que forman el pequeño cabo de igual nombre, a un paraje de la costa sumamente abrupto, donde, en días de marejada, se mostraba la furia del mar en toda su grandeza salvaje.

Allí pasábanse a veces horas y horas, contemplando las rizadas explosiones de espuma que, por la presión de las grandes olas, brotaban de las oquedades y grietas que en la masa rocosa existen, a flor de agua. Y allí también, gustaban de sentirse salpicados por las menuditas gotas en que se deshacían las crestas de las irritadas ondas, al precipitarse airadas y estrellarse contra las peñas, convirtiendo luego su furor, en blancos encajes de besos, y en reidoras cascadas de nevada espuma.

Allí fué donde Esteban, recordando unas frases del Dante enamorado, cuyos versos comenzaba a leer en los viejos tomos de la biblioteca de los Font-Romeu, se atrevió a preguntar:

—María Remey. ¿Sabes tú acaso que cosa es Amor?

Una sonora carcajada aleteó alegre en el espacio, como única respuesta. Mas la joven, al observar que Esteban la miraba seriamente, dolido por su espontáneo arranque de frivolidad, fué ahogando la risa poco a poco. Cuando a su vez quedóse «seria», y con los ojos posados en las inquietas aguas de esmeralda, escuchó ella de nuevo la pregunta. Mas no salió esta vez de los labios de Esteban, sino de su propia alma:

—¿Qué es el amor?...

Esteban, inconscientemente, como impelido por la fuerza de aquella llama que comenzaba a sentir muy dentro de su sér, dejó que las palabras

fueran llevando al oído de María Remey, sus más recónditos pensamientos sobre el amor. Díjola que para él, era ese sentimiento hecho a espejo y semejanza del mar. Impetuoso en su violencia. Dócil y acariciador en su mansedumbre. Monstruoso y terrible en su cólera y en su venganza. Gigante y niño. Insondable y diáfano. Fácil y breve en su mudanza. Eterno en su inmensidad.

Y luego, como un suspiro, abriendo ya de par en par el arca callada del corazón, tembloroso y angustiado, murmuró:

—María Remey... María Remey... ¿Por qué siento dentro de mi pecho como un mar inmenso e insondable?...

Alzose la joven rápidamente, y dirigió a Esteban una dura mirada, en la que era difícil adivinar el secreto impulso que la animaba. Ya nada más habló aquella tarde.

Al regresar a la capital, terminado su paseo, los dos jóvenes caminaban distanciados uno del otro, por la playa de oro...

El sol, moría bellamente en un esplendoroso crepúsculo de púrpura y de zafir.

Pero ellos, no le dirigieron como otras veces, el ingenuo canto de sus alabanzas.

Era acaso que aquellos mágicos fulgores del sol muriente, quedaban oscurecidos, apagados por los radiantes destellos de otro sol, que acababa de nacer en las almas...

* * *

Y volvió fatalmente, desde aquel momento, a la imaginación de Esteban, la visión dolorosa del doloroso pasado.

Comenzó una terrible lucha. Lucha sorda. Lucha torturadora que le roía el cerebro en todos los momentos de quieta meditación.

Surgieron ante él, espontáneamente, como diablitos burlones, palabras cuyo valor y significado o no conoció hasta entonces, o pasó sobre ellos como se pasa sobre las piedrecillas agudas que entorpecen el camino. Pero ahora tropezaba en ellas, y sentía que sus aristas se le clavaban en las entrañas:

«Expósito... apellido... fortuna... prejuicio social... nobleza de sangre...»

Palabras que acabaron por amontonarse ante él, hasta formar una pirámide, una montaña gigantesca. Sintió espanto, terror de sí mismo, de su desgracia, de su destino.

Pensó que aquella revelación de sus sentimientos, había sido una terrible ofensa a la heredera de una noble estirpe, y se hubiera arrancado la lengua y el corazón, si con ello creyera conseguir que María Remey olvidara aquellas palabras malditas.

Cuando ya su cerebro abatido, desfallecido, amenazaba con estallar bajo su ardorosa frente, tomó con mano febril la pluma y trazó sobre un papel unas líneas, en que se condensaba el mayor dolor de toda su vida:

«María Remy: Aunque te amo y presiento que un mismo sentimiento anida en tu corazón a pesar de tu actitud justa y digna, dejo esta casa y esta ciudad, para huir lejos; donde al no verte ante mí en todo el esplendor de tu belleza y de tu noble condición, se haga menos dolorosa la llaga de mi indignidad de origen.

Lucharé férvidamente, ciegamente, por ennoblecer mi nombre con el trabajo. Si un día me juzgo digno de tí... y tú no me has olvidado, llamaré a las puertas que hoy, por dignidad y por agradecimiento, he de considerar cerradas para mí.

ESTEBAN.»

* * *

No mucho tiempo después, en la gran urbe donde Esteban había llegado, lleno de dolor y de esperanzas a un mismo tiempo, triunfaba por su actividad y por su talento, como triunfa todo aquel que pone a prueba, para conseguir un ideal, la energía invencible de una férrea voluntad.

Pero, a pesar de esto, Esteban no se consideraba aún digno de la mujer a quien amaba ya ciegamente.

Por lo mismo que comprendía el abismo que de ella le separaba y no queriendo renunciar a la idea de que algún día pudiera hacerla reina y señora de su amor, deseaba ardientemente hacer desaparecer el primer obstáculo que entre ellos se interponía: la oscuridad de su apellido; la humildad extremada de su origen.

Soñaba, pues, en encumbrarse, en llegar a una elevada posición social, y conquistar para su apellido el noble timbre de la notoriedad, además de la fortuna.

Por aquel entonces, se estaba operando en el temperamento de María Remy, un cambio tan radical, como incomprensible e inesperado.

Verdad es que el alma de la mujer, es un abismo de fondo inescrutable. Ningún sabio ha podido estudiarla completamente. Ningún hombre puede vanagloriarse de haber dicho la última palabra sobre el gran misterio de su temperamento. El mismo Creador, ha demostrado lo inmenso del arcano que encierra el alma femenina, cuando en una mujer toda ingénua, toda pura, puso la causa de las terribles desdichas que sufre la Humanidad, por el pecado original. Y en otra mujer, toda candidez y debilidad, puso el origen de la Redención del Hombre, haciéndola sufrir, con la maternidad de Cristo, los dolores más cruentos, las desgarraduras más crueles del corazón, sin que, ¡oh, inconcebible fortaleza!, asomara a sus labios la más leve palabra de desfallecimiento o de rebeldía contra el Destino... ¿Puede, pues, pedirse la razón, la causa de las mudanzas sufridas por el alma de una mujer?...»

* * *

Pero dejando esas divagaciones y volviendo al curso de los hechos, será preciso que demos cuenta de un suceso, acaecido en circunstancias que no dejan de tener interés, por las consecuencias trascendentales que de él se derivaron.

* * *

Había llegado en aquella ocasión a Tarragona, tripulando un magnífico hidroplano de su propiedad, un ingeniero aviador francés, Roberto de Mongolfier. Hombre de mucho mundo; conquistador temible por su osadía y por sus armas de caballero galante y bien portado; gozando de la aureola que por su condición de expertísimo ginete de los aires, le hacía descollar entre los demás hombres; fácil había de serle impresionar a las damitas ingenuas, que presto caían cautivas en sus bien tendidas redes.

Su aparición en el seno de la sociedad tarragonense, desconocedora aún de su personalidad, fué pronto motivo de inusitado interés para muchas damitas abrileñas; de intranquilidad para *ellos*, para los del sexo fuerte, pues pronto en el Casino y en los Clubs, se esparció la fama de sus aventuras amorosas, en las que siempre había una víctima, ya fuese hombre, ya mujer... cuando no ambas cosas a un tiempo.

María Remy hubo de fijarse, como todas, en el recién llegado, y *como en todas*, despertó en ella el caballero aviador, una callada simpatía y una no tan callada admiración.

Determinada circunstancia—un accidente ocurrido por cierto ardid de la muchacha, en un paseo marítimo en balandro—la puso en relaciones de superficial amistad con Roberto. Pero éste no podía despreciar la nueva aventura que él presentía en aquella mujer que tan inopina-

damente se interponía en su camino, y comenzó, como la araña astuta, a tejer su fina red de invisibles hilillos. Y comenzó a cortejarla y a acompañarla en público a todas partes.

María Remy, impetuosamente, irreflexivamente, acaso por ese sentimiento—innato en toda mujer—de la coquetería; quizá por la sola vanidad de triunfar sobre las demás *interesadas*, fué ella misma cayendo en la celada.

Por su buena fortuna, cuando estaba a punto de precipitarse inconscientemente al abismo, surgió por designio providencial, D. Francisco, el profesor, quien, presintiendo el posible peligro, lo comunicó por teléfono a Esteban, requiriendo su presencia en Tarragona, para evitarlo. Este contestó, justamente alarmado, que inmediatamente se pondría en camino.

Roberto, había logrado convencer a María Remy, para que, acompañada de Miss Hellen, fuera con él, en un carruaje, a visitar cierta finca que había adquirido, cercana a la capital.

Al día siguiente, momentos antes de partir en el auto las dos incautas mujeres y el aventurero—que tenía ya dispuesto de antemano el medio de desembarazarse de la institutriz y consumir sus viles propósitos en cierto ventorro de mala fama un tanto lejano de la capital—, Esteban, que acababa de llegar en el primer tren de la mañana con la ansiedad que es de suponer, se presentó casualmente ante ellos.

De un golpe, brotó en su cerebro la visión del espantoso crimen que iba a cometerse, y ordenando a la doncella que acompañara a casa a María Remey, increpó dura y enérgicamente al infame raptor. Contestó éste en forma tan grosera, que Esteban, no pudiendo ya reprimirse, le cruzó la cara. Trabóse entre ambos una desesperada lucha. Nadie sería capaz de describir lo que luego pasó. Se hallaban ambos en el Balcón del Mediterráneo, junto al abismo espantable. Uno de ellos, el más fuerte, porque luchaba con armas de razón, sin darse cuenta de sus actos, ciego de furor, cogió a su contrario por la cintura, lo levantó sobre su cabeza, y lo dejó caer. Precipitóse el cuerpo humano desde la espantable altura, y chocando sordamente, trágicamente, contra las piedras del fondo, se agitó unos momentos convulso, y quedó inmóvil para siempre...

FIN DEL PRIMER EPISODIO

SEGUNDO EPISODIO

Poco tiempo después, el ambiente místico y solitario del viejo y ruinoso monasterio de Santas Creus, parecían calmar las torturas espirituales del fugitivo Esteban.

Llegó allí por indicación de sor Inés. Presentóse al bondadoso cura-guardián del monasterio, y después de recibir los inefables consuelos de la confesión, se entregó a los de la penitencia.

El buen cura, le ofreció el piadoso refugio de su techo y de su mesa, y él correspondió dándole el tributo de su trabajo, y cuidando con afán solícito los pobres altares del antes soberbio templo y otras veces, las plantas y flores de la huerta.

Así transcurrieron muchos días, en que si bien de vez en cuando asaltaban la mente de Esteban, como bandadas de cuervos, las negras ideas de unos recuerdos crueles que querían devorar su tranquilidad de alma, él corría a postrarse a los piés del altar; y al desgranar sus labios la espontánea plegaria de su fervor y de su arrepentimiento, renacía en su espíritu

la calma, y aun parecía que alboreaba, dentro de su pecho, una nueva aurora de santo y de dulcísimo consuelo...

Pero la fatalidad hizo que cierta mañana llegara al monasterio María Remey, quien, por orden de los médicos, y acompañada por Miss Hellen, y por el profesor algunas veces, realizaba diarias excursiones a la montaña y a los campos, donde era el beso del sol más amoroso y el aire más puro.

Esteban, al verla de pronto surgir ante él, de entre las columnatas del claustro tan misteriosamente bello, se creyó perseguido por una nueva y cruel alucinación, y huyó otra vez, locamente, desesperadamente, a campotravesía, y sin saber a dónde.

Así caminó muchas horas, y aún acaso más de un día entero. Hasta que un amanecer, extenuado, febril, desencajado por la fatiga, la sed y el hambre, se encontró a las puertas de un pueblo.

Instintivamente, se acercó a una fuente, en la que una lugareña llenaba sus cántaros. Le pidió agua para beber y apagada su sed, alejóse lentamente.

Una esquina más abajo, un animado grupo de mozos, leen y comentan lo escrito en un gran cartel fijado en la pared. Esteban, casi inconscientemente, lee también:

« ¡Reclutaos en el Tercio Extranjero! No se os preguntará en él, de dónde venís ni cómo os

llamáis. Sólo se os pedirá que seáis capaces de ennobleceros, sabiendo morir por España... »

Por la mente del fugitivo pasó una idea rápida y cárdena, como la luz de un relámpago. Cerró los ojos, y apareció ante él la figura radiante de un soldado, muerto a las plantas mismas de la bandera que defendía.

Y aquella visión momentánea fué para él como una grande revelación, más luminosa, en el fondo de su alma atribulada, que el sol triunfante del nuevo día, que comenzaba a bañar de oro las campiñas y los montes.

Era que, ante él, ante su destino, se acababa de abrir acaso el camino de la redención, o el de la eterna Paz.

Y como un errante peregrino, emprendió la marcha con una gran esperanza florecida de lo más hondo del corazón...

Llegada a este ^{**}punto la narración de los hechos, será conveniente, antes de proseguirla, no ignore el lector que, por aquel entonces, había recibido España una grave herida, con el levantamiento rebelde del Riff.

La sublevación de la morisma, envalentonada por el éxito del primer momento, adquirió pronto, para nuestro ejército, por la traición de unos y la imprevisión de otros, caracteres de una verdadera catástrofe.

Fué entonces, cuando, lanzado en la península el grito de alarma, comenzaron a zarpar

de los puertos españoles, con rumbo al Sur, multitud de buques en cuyas entrañas marchaban a los campos de batalla, los valientes soldados, vengadores de nuestros hermanos asesinados por las traidoras hordas rifeñas.

Y al mismo tiempo que éstos, contrastando con el bullicio, con las demostraciones de ardoroso entusiasmo con que, entre vítores, aclamaciones y aún entre los acordes de la Marcha Real, eran despedidos por el paisanaje, otros hombres, en grupos pequeños y pintorescos.

Hombres de diversa edad y condición, que marchaban también a la lucha, no con el caballeresco ideal de vencer o morir, sino para luchar por el triunfo, y con él o sin él, sucumbir en la lucha, ya que solo así verían redimidas sus culpas, por el bautismo de su propia generosa sangre. Porque todos ellos dejaban al marchar, tras de sí, en su patria, una estela de dolor, de amor o de crimen.

Los hombres víctimas de un desdichado amor; los perseguidos por la Justicia en el campo de la enconada lucha social, cien y cien veces regado con la sangre de patronos y obreros; los arrastrados a la ruina moral o material por la vorágine de las insensatas pasiones; todos esos, entre otros de espíritu aventurero que buscaban en la vida nuevas y violentas emociones, eran también vengadores de la España ultrajada; eran los bravos legionarios; los que, poco después, en plena acción guerrera, eran

los primeros en caer en los campos de batalla, ya redimidos por su heroico sacrificio; pero sin que nadie derramara por ellos una lágrima, ni rezara la más breve oración.

Entre los legionarios de la cuarta bandera—y con eso volvemos a nuestra narración—había uno a quien sus compañeros llamaban «El sauce», por su constante expresión de tristeza y de abatimiento moral. Esquivaba siempre cualquier conversación. Reusaba formar parte de las diversiones del campamento y procuraba rehuir las indagaciones de sus mismos jefes, que en más de una ocasión, verdaderamente intrigados, quisieron saber algo de su historia.

Por otra parte, su comportamiento como soldado era ejemplar y en más de una ocasión asombró a todos por su serenidad ante el peligro y su valentía rayana en la temeridad.

Una tarde, durante un sangriento combate, dieron los oficiales del Tercio la orden de cargar a la bayoneta. Impetuosos y enardecidos, avanzaron los legionarios, después de saltar el parapeto que les guarecía. Contestó el enemigo, empero, con descargas cerradas de fusilería, y pronto la mayor parte de los nuestros, cayeron al suelo arrollados por el plomo enemigo.

Inicióse la retirada hacia el parapeto. Solo «El sauce», como poseído de sobrenatural ardor, continuó avanzando entre el huracán de fuego,

con los brazos en alto, amenazador, imponente de bravura y de sangre fría. Así caminó diez pasos, veinte, en que las balas parecían desviarse en su camino, por no extinguir el fuego valeroso de aquel héroe que no quería retroceder jamás. Pero al fin... vaciló y cayó. Incorporóse aún, alzando el puño crispado hacia las filas enemigas. Pero cayó de nuevo; y ya no se levantó.

Sus compañeros le creyeron muerto. Los moros, le juzgaron abatido, destrozados el pecho y la cabeza por las balas, y allá quedó, entre unos y otros, en el pedregoso suelo rifeño, bañado en su sangre y clavadas sus manos como garras en la tierra, cuando comenzaban a imperar las sombras del anochecer.

* *

Aquella noche, un moro merodeador, uno de esos chacales humanos que pululan entre cadáveres en las noches que siguen a los más duros combates, para apoderarse de cuanto hallan en aquéllos, de algún valor, halló aún con vida, al cuerpo del legionario. Sus pequeños ojos, profundos y penetrantes, distinguieron aún a pesar de la sombra, en las manos del herido, algunas valiosas sortijas, que hicieron pensar al rifeño se trataría de una persona de calidad, susceptible de proporcionarle un buen rescate.

Así, pues, en lugar de rematar al herido, como era su costumbre, clavándole su guma en

la garganta, después de desvalijarlo, cargó como pudo el moro al legionario sobre sus huesudos hombros, y emprendió el camino de retorno a su aduar no lejano.

Poco después «El Sauce» era depositado sobre mísero lecho de paja en el interior de una choza, no sin haber sido previamente atado de piés y manos, en previsión de un intento de fuga.

A la mañana siguiente, entró en la choza el moro, cuyo nombre era Ben-Arah el Mazín, con su esposa y su hija Zaimia. Procedieron todos tres a la curación del herido, derramando previamente según su usanza, para prevenir la gangrena, aceite hirviendo sobre las rojas desgarraduras de la carne. Luego aplicaron unas compresas de pan mascado y zumo de unas hiervas, machacadas en un dintel que mirara hacia Oriente, con una piedra negra.

* *

Desde el primer momento, Zaimia no desperdició ocasión alguna para llegar hasta el prisionero, y hacerle objeto de sus simpatías e ingenuas atenciones. «El sauce», cada vez más conmovido por la bondad de corazón que para con él mostraba la morita, no comprendía al principio la razón de su conducta.

Pero en cierta ocasión, Zaimia pudo departir sin sobresaltos, por la ausencia de su padre, con el legionario, y le refirió que, meses antes del

desastre, había estado trabajando Ben-Arah en las minas de Segangan, y ella, estuvo al cuidado de la pequeña granja avícola de uno de los ingenieros. La esposa de éste, una buena señora de cristianos y caritativos sentimientos, la había cobrado gran cariño, llegando a emprender por sí misma, la obra de educación moral de Zaimia, a la que comenzó a iniciar en las sublimidades de nuestra religión, al par que, con loable constancia, le enseñaba el abecedario y el idioma castellano.

Pero llegó la hecatombe, y ella vió horrorizada cómo los suyos, sus padres y los demás del aduar, destruían cuanto la civilización española había levantado en las áridas y desoladas tierras pedregosas. Vió consumida por el fuego la morada de su buena protectora, que acaso pereció entre las llamas. Y entonces, su almita, donde ardía ya, aunque ténue, la luz de la razón, hubo de interrogarse a sí misma: «¿Por qué los míos son tan crueles? ¿Por qué tienen ansias de fiera y no saben querer ni agradecer? ¿Por qué no son buenos y gozan así, sembrando el terror y el mal?»

El sauce, fué comprendiendo la causa de aquella generosa protección de que era objeto por parte de la morita, y hubo de corresponder a ella, con un profundo sentimiento de afecto y de reconocimiento. Y aún lo comprendió más, cuando Zaimia le dijo en cierta ocasión:—Es-

pañol. Yo hacer que tu huir pronto a tu tierra. Mis padres ser malos y matarte si no venir pronto rescate bueno. Yo no querer que tu morir, español. Yo hacer que tu escapar una noche.

—No; eso, no, Zaimia. Descubrirían la causa de mi fuga y te matarían a tí. Prefiero estar aquí, hasta que Dios me quiera librar de una vez de tanta tortura.

—¡Tu huir; tu huir! ¡Yo querer eso!...

—¿Pero y si descubren que tú me preparaste la fuga? ¿Crees que yo puedo consentir que por mi causa...

—No, no, español... Yo... huir contigo también a España. Yo buscar allí a mi ama buena. Más buena que mis padres que robar y matar. ¡Oh, yo huir contigo, sí!...

¡Zaimia, morita mía; que buena eres! ¡Casi más que un angel del cielo!

* * *

Llegó la noche propicia. Los hombres del aduar, llamados por las hogueras de los rebeldes combatientes, habían abandonado el poblado.

El viejo moro había quedado tumbado en el suelo y durmiendo con la *fusila* entre las piernas, cruzadas sobre ella. Zaimia llegó con cautela a la choza de «El sauce», y agrandado un boquete que él abrió con la guma por la parte posterior, pudo al fin deslizarse por él y salir al exterior.

Rutilaban aún las estrellas en lo alto y se hundía la luna, toda ella áscua de tímido fuego, tras las suaves lomas lejanas.

Los fujitivos, amparados por las sombras, huyeron presurosos por pedregosas veredas, casi ahogados por el latir violento de sus corazones. Así largo rato, de caminar lleno de ansiedades y de sobresaltos. Hasta que el ladrido de un perro errante, devorador de carroñas, les heló el alma.

Trataron de correr, pues se escuchaban los gritos de los que desde el aduar, salían en su persecución. El legionario, extenuado por la fiebre, torturado aún por el dolor de sus heridas no cicatrizadas, podía apenas avanzar unos pasos sin caer al suelo. Se apoyó en el hombro de Zaimia. La carrera se hizo más lenta. Ganaban terreno los perseguidores. Desgarró la calma del cielo el estallido de un fusil y la lengua de fuego de su maldita entraña. Se oyeron los gritos más cerca, y tan amenazadores, que penetraban en los oídos como garras. Sonaron otros y otros disparos. Uno de ellos arrancó un grito ahogado del pecho de «El sauce». Una de sus piernas quedó rígida. La otra se dobló horriblemente, quebrada por sobre la rodilla por una bala explosiva.

¡Angustia suprema de aquellos momentos!
¿Es posible que cupieras en el corazón de una mujer sin desgarrarlo de terror?

Zaimia intentó aún prestar apoyo al «Sauce». ¡Todo inútil! Este cayó de bruces en el suelo, mordiendo con rabia la tierra odiosa que no sabía hundirse ante tanta desdicha.

Los moros estaban cerca. Zaimia vió el rebrillar de un cañón. Presintió de un golpe la tragedia, y cayó de rodillas ante el legionario, cubriéndole con su cuerpo. Habló, rugió el rayo de la muerte. El cuerpo todo de Zaimia, sufrió al mismo tiempo una violenta sacudida. Luego cayó y quedó inmóvil. Y el legionario, paralizado, inconsciente ya por el rudo golpe de tanto dolor, de tanta rabia impotente, escuchó, casi sin entenderlas, unas ahogadas palabras: ¡Zaimia morir... español! Pero tu salvar. Tu volver a España... ¡Zaimia morir contenta, porque morir... por tí!...

La guarnición de un blocao cercano salió en persecución de los moros, que huían ahora velozmente.

«El sauce», en un supremo esfuerzo, quiso levantarse, ponerse en pie. Incorporado apenas, dirigió al cielo una mirada suprema de desesperación y cayó desplomado. Chocó su cabeza contra el suelo pedregoso y resbaló un momento sobre la sangre de la mártir. Y quedaron sus labios cárdenos junto a la frente de ella, ya fría, con helor terrible...

Y como si aquel beso postrero del amado diera una nueva vida a su corazón destrozado, Zaimia abrió los ojos, ya turbios por la ago-

nía, y su mano asió blandamente la mano del legionario, en una caricia suprema, eterna porque no pudo extinguirla ni la misma muerte...

Ahuyentados los rifeños, vinieron presurosos en socorro de los perseguidos, los soldados del blocao. Y cogiendo entre cuatro al legionario, regresaron a la posición, para prestarle sus cuidados.

En la tétrica lisura de aquel suelo tan sediento de sangre, quedó abandonado, solo, el cuerpo rígido de la pequeña heroína del sublime sacrificio, bajo el beso triste de un sol naciente entre nubes de tormenta; teniendo por todo arrollo, para su eterno sueño, aquel graznido de las aves siniestras que cruzaban como aladas maldiciones del cielo gris, lleno de desesperanzas...

* * *

Cuando cayeron en la lucha los primeros soldados, vengadores de la Patria, en los corazones de todas las damitas españolas floreció el dulce sentimiento de la Piedad. Fué entonces cuando, en cada ciudad y en cada villa y aún en los pueblos de más humilde condición, surgió, entre la bandada de casitas blancas, otra más blanca que ninguna, porque en ella había formado su nido la Caridad, bajo el amparo de aquella bandera, que tiene en su centro una cruz color de sangre, y es la única a quien rinden culto

y acatamiento, los hombres de todas las razas civilizadas y de todos los pueblos.

La ciudad de Tarragona, la cien veces heroica bajo el azote brutal de las invasiones y de las guerras, no quiso ser menos que otras ciudades hermanas, y ofreció a los soldados que llegaban de Melilla, ennoblecidos por el sufrimiento, el amparo de un Hospital, levantado con los nobles afares y las generosas dádivas de todos sus hijos.

* * *

Formando parte de una expedición de heridos, llegó a ese Hospital, el legionario cuyas desventuras descritas quedan en anteriores capítulos.

Grave era la herida que había roto las carnes del valeroso soldado, pero más grave era la que padecía su razón

Aparentemente, no denotaba sufrimiento alguno. Su rostro demacrado, permanecía en una inmovilidad completa. Sus ojos, hundidos en las cuencas amoratadas, miraban, vagamente, siempre hacia un mismo punto. Sus labios permanecían mudos, en todo momento. Parecía realmente un cadáver en el que latiera tímidamente y oculto en el arcano del corazón, un leve álito de vida.

La misma particularidad de su estado, había atraído desde el primer momento, la atención más minuciosa de los médicos y los más solícitos cuidados de las enfermeras, que sentían, ante su desgracia, una gran piedad.

Las bellas y candorosas damitas, que lucían con orgullo en el pecho y en el brazo el santo emblema de la cruz roja, disputábanse el honor de atender al legionario, en los más pequeños detalles. Sus manos benditas de lirio revoloteaban continuamente, como blancas avecillas del amor más puro, alrededor del herido, y posábanse a veces sobre su frente pálida, como si quisieran obrar el milagro de devolver a su cerebro una nueva vida luminosa.

Muchas mañanas, sobre las sábanas de nítida blancura, aparecían, como sonrisas de color y de aroma, unas flores que conservaban aún el tibio calor de su seno virginal.



Cuando María Remey entró por primera vez, ya enfermera, en la sala aquélla, una profunda emoción embarazaba a su alma. ¡Jamás había visto tanto dolor y tanta gloria, bajo un mismo techo!

Visitó, uno a uno, a los heridos. Tuvo para todos una mirada de honda compasión, y de admiración profunda. Cuando el soldado junto a cuyo lecho llegaba tenía el rostro contraído por el dolor, María Remey le prodigaba unas palabras de consuelo, y volvía presto el rostro hacia otro lado para ocultar las lágrimas.

Llegó, así, ante el legionario. Extrañóse de su raro aspecto, y preguntó al médico. Nada sabía

éste del herido; pero se aventuró a opinar que, aparte de su dolencia física, padecía sin duda otra de orden moral, hija de una gran conmoción sufrida en las terribles escenas de la encarnizada lucha. Quedó María Remey unos momentos mirando al legionario. Sintió una angustia infinita, al pensar que acaso aquel soldado tendría una madre, que no podía venir a prodigarle sus cuidados incomparables. Tuvo que marchar precipitadamente, para poder vencer aquel profundo sentimiento de dolor.

Pero, casi inconscientemente, al terminar su visita a todas las salas, volvió junto al lecho de «El sauce». Y era que, por lo mismo que conceptuaba a aquel infeliz como el más desgraciado de todos, un escondido impulso le incitaba a dedicarle sus más compasivos sentimientos, sus más exquisitos cuidados. ¡Qué alegría más inmensa, pensó, si ese pobre muchacho sanara, y fueran mis manos y mis desvelos los que le devolvieran a la razón y a la vida!

Esta consideración le acabó de predisponer en favor del legionario, prometiéndose a sí misma, poner de su parte cuanto fuera posible, para triunfar del mal.

Y, así, aquella noche, acercó María Remey una silla junto al lecho del herido, y se entregó por entero a su cuidado.

Sufrió a media noche un gran sobresalto. El lejionario, inesperadamente, se agitó de pronto todo él en extraño temblor; oíanse rechinar sus

dientes, y sus ojos se movían en las órbitas de modo tal, que infundía espanto.

Corrió la joven a avisar al médico de guardia, quien, después de observar al soldado, afirmó que lejos de ofrecer su actual estado un serio peligro, era denotador de una crisis que comenzaba a manifestarse en sentido favorable.

De no sobrevenir complicaciones de índole inesperada, acaso no tardarían en observarse muy convenientes cambios en el estado general del herido.

* * *

Días después, en medio de un sueño ya reposado y tranquilo, pronunció «el Sauce» unas palabras extrañas. María Remey, que acababa de llegar junto a su lado, prestó atención a ellas, por un vago presentimiento de su espíritu, que en todo momento se aferraba a su cerebro, con una idea confusa, pero punzante, tenaz.

Mas, desgraciadamente, lo que hablaba entre sueños el herido, era para ella inteligible. En su mente ya febril, seguían imperando, pues, las sombras, que hacía más densas aquel nombre extraño que pocos momentos antes escuchara: «Zaimia»....

* * *

Ya muy de madrugada, María Remey tuvo un secreto y misterioso impulso. Se acercó cuanto pudo al Sauce, pegando casi los labios a su oído, y con voz temblorosa, murmuró por dos veces: «¡Esteban... Esteban!...»

El, sufrió entonces una terrible sacudida en todo su cuerpo. Movi6 la cabeza con angustia, como queriendo arrancarla a la tortura de una garra feroz. Así unos momentos, llenos de ansiedad para María Remey. Al fin, sali6 de la garganta del soldado un grito ronco; y rompi6 en un sollozo ahogado, mientras gruesas lágrimas corrián por sus mejillas. Y entre las convulsiones de aquel llanto, murmur6, después de haber posado sus ojos en la enfermera y de haberlos cerrado nuevamente: «¡María Remey... María Remey!...»

EPILOGO

No habían transcurrido muchos días, cuando Esteban, ya en plena convalecencia, recibió permiso para salir a la galería, en una butaca, para recibir el vivificador beso del sol.

Y allí, ante el panorama espléndido y luminoso de la tierra y del mar, del cielo y de la costa, volvieron a cantar los corazones su sonata sentimental. Pero esta vez, no era sonata de pasión.

—¡Qué misterios tiene el destino, María Remey! Nuestras almas, arrastradas por el huracán de la vida, parecían rodar por opuestos y apartados abismos, para no encontrarse ya más sobre la tierra.

—...Y este mismo huracán, con fuerza sobrenatural, nos lleva de nuevo uno junto a otro. Y las mismas manos que, cuando niño, te curaron, te han curado ahora de nuevo.... sin saber que tú, soldado herido por la patria, eras el mismo de entonces....

—¡Oh, sí; recordemos nuestra infancia, María Remey! Después de tanto dolor sufrido, pareceme que renazco a una nueva vida, y quie-

ro que ésta florezca sobre los muertos rosales del pasado, en cuyas espinas hay aún girones de aquella ilusión y de aquella esperanza del ayer. ¡Recordemos todo nuestro pasado, María Remey!

—Todo, no, Esteban...

—Es verdad. ¡Todo... no! Hay cosas en nuestra vida, a las que no debemos recordar. ¡Todo, no! Pero... ¿siquiera nuestro amor?...

—Ese... menos que nada.

—¡Aún el destino es cruel para nosotros, María Remey!...

—¡Oh, no! No es cruel. El destino quiere que al fin, nuestras almas atribuladas, encuentren su hora de paz. Y esa paz de nuestras esperanzas de hoy, ¿puede acaso hallarse en la realización del ya muerto ensueño de amor?... ¡Ya ves como callas!... Sólo una pregunta ahora, Esteban. Durante tu delirio febril, has pronunciado un nombre... ¿era de mujer?

—¿Zaimia acaso?

—Sí; Zaimia. Ese era.

—Es el nombre de mi pequeña mártir. De la que murió, por amor, para salvarme del cautiverio y de la muerte. Verdadero heroísmo el suyo, porque era el heroísmo de la suprema generosidad. Heroísmo parecido al de Cristo, que murió por amor, sin ser amado.

—¡Ya ves cómo es imposible! Llevamos ambos sobre la conciencia, la sombra de las dos vivas tronchadas por nuestra causa. Si algún día...

olvidándolas, juntáramos nuestros corazones, esas sombras de los muertos, de *nuestros* muertos, se interpondrían entre los dos, y turbarían nuestra paz, como una gran recriminación.

—¡Es verdad!... ¡Es verdad!... Y jamás gozaríamos de la bienandanza ansiada por nuestros espíritus, sujetos, así, a una eterna tortura.

—Sepamos, pues, hacer de nuestras vidas, Esteban, un sacrificio. Expiemos suavemente esas culpas del pasado, y en ello hallaremos nuestra única felicidad. Yo quedaré eternamente bajo los brazos de esta Cruz. Y repartiré el amor que no puede volar a tí, entre todos los que, por sufrir heridas dolorosas, me recuerden a aquel a quien mis manos curaron siendo niño...

—Yo pondré mi fé y mi cariño... que no puede ser tuyo, en la madre Patria. Y pensando en tí, lucharé en los campos de batalla, en tiempo de guerra, y en los campos floridos del trabajo, en tiempo de paz, cuando llegue la hora ansiada de que vuelva el arado a los surcos, guiado por las manos de los labriegos jóvenes. Así, como bandadas de palomas blancas que retornan a sus nidos después de la tormenta que las dispersó, volverán a alegrar nuestras horas de paz, los recuerdos tan dulces de nuestra niñez, en que floreció nuestra ilusión.

—Y mientras aleteen nuestros recuerdos, palpitará el puro ensueño de nuestro cariño, siempre nuevo, siempre vivo, por ser eternamente deseado....

Y aquí halló fin la narración de esta historia de dos corazones, que fueron, desde entonces, hasta el morir, como dos aras santas donde ardió el fuego del más puro Amor.

Amor a la Humanidad doliente.

Amor a la Patria.

Si yo fuera poeta, os diría en un cántico de dulzura infinita, que entre esos dos amores, con ritmo eterno, se mece la cuna de donde nacen a la vida de la Humanidad digna de Dios Creador, los más grandes y gloriosos Heroísmos.

LUÍS DE SALVADOR A.

HEROISMOS



«En el alma diáfana de M.^a Remey
aparece la primera sombra»

HEROÍSMOS



¿Alucinación?

HEROÍSMOS



«Esteban es maltratado
por el padre de Zaimia»

HEROÍSMOS



Y aquellos corazones héroes con heroísmo de sacrificio, fueron ya, hasta la muerte, como dos haras santas, donde ardió un grande y puro amor: Amor a la Humanidad doliente. Amor a la Patria.

